

en que tales votos se realizan, señalan en la vida épocas de indeleble recuerdo, y excitan en nosotros sentimientos cuya vivacidad no debe reprimir la razón. En la impaciencia que yo tenía de contemplar el Océano Pacífico desde lo alto de la cadena de los Andes, entraba por algo el interés con que de niño había escuchado el relato de la expedición llevada á cabo por Vasco Nuñez de Balboa (1), el afortunado aventurero que, anticipándose á Francisco Pizarro, y el primero entre los Europeos, pudo contemplar desde las alturas de Quarequa, en el istmo de Panamá, la parte oriental del mar del Sur (2). Las playas del mar Caspio, cubiertas de cañas en el punto en que lo ví por vez primera en el delta formado por la embocadura del Volga, no son seguramente pintorescas, y sin embargo, este aspecto me causó un vivo placer desde luego, porque recordaba que en mi niñez, cuando recorría con la vista un mapa, me atrajo en particular la forma de este mar interior. Los sentimientos que han despertado en nosotros las primeras impresiones de la infancia, ó los accidentes que nacen de las relaciones de la vida, se hacen muchas veces, cuando toman después dirección más seria, ocasión de trabajos científicos y expediciones lejanas (3).

Después de haber salvado, á través de los escarpados

(1) Balboa (Vasco Nuñez de), guerrero español que conquistó algunas tierras en los alrededores del istmo de Panamá, y vió antes que ningún otro el mar del Sur ó Océano Pacífico. Fué también quien primero tuvo noticia del Perú, pero le faltaron tropas para emprender su conquista, reservada á los Pizarros y á Almagro. Tuvo el desdichado fin de la mayor parte de los conquistadores españoles de la América, habiéndosele cortado la cabeza en 1517.

(2) Véase á continuación del libro VII, el apéndice intitulado: *Proyecto de comunicación entre los dos mares.*

(3) Véase en el t. II, del *Cosmos* (trad. española de Bernardo Giner y José de Fuentes), el capítulo intitulado: *Medios propios para difundir el estudio de la Naturaleza.*

flancos de la montaña, las numerosas ondulaciones que hace el suelo, llegamos al fin al punto culminante del *Alto* de Guangamarca; despejóse entonces súbitamente la bóveda del cielo, tanto tiempo velada á nuestra vista; el viento, que soplaba con fuerza del Sudoeste, disipó las neblinas, y apareció el azul profundo á través de la atmósfera transparente de las montañas, entre la línea extrema de las nubes. Toda la vertiente occidental de las Cordilleras, comprendida entre Chorrillos y Cascas, se ofreció á nuestros ojos con sus enormes cantos de cuarzo que miden 4 y 5 metros de longitud; parecía que tocábamos las llanuras de Chala y de Molinos, y la costa de Trujillo.

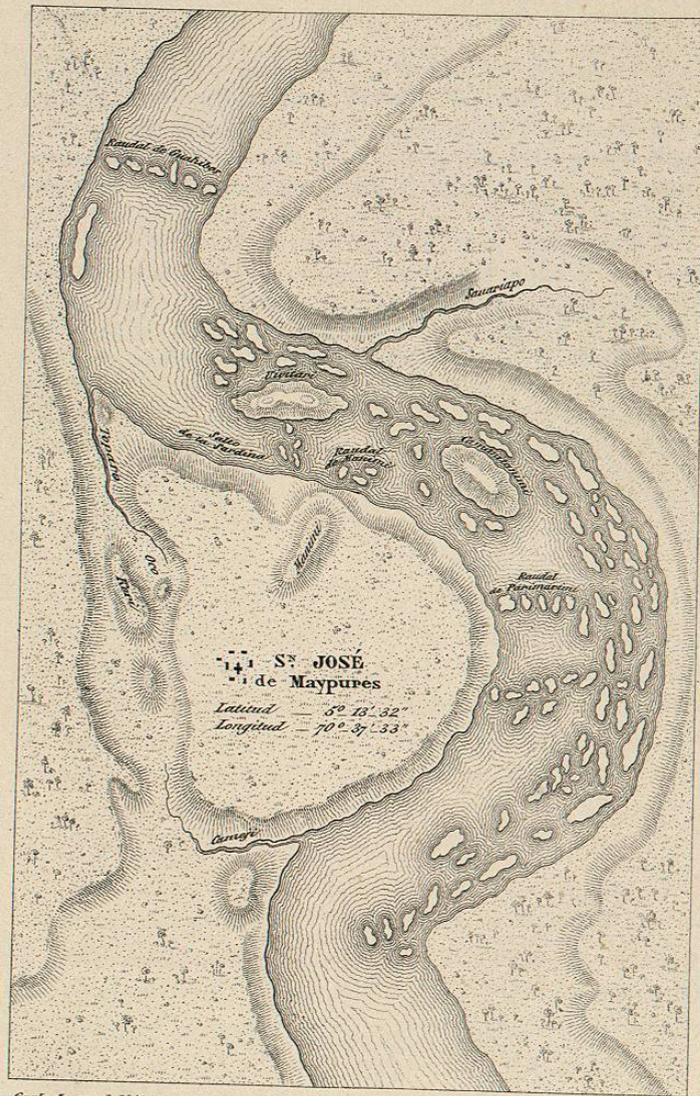
Contemplábamos al fin por vez primera el mar del Sur; lo veíamos con toda claridad irradiar sobre la playa una masa enorme de luz, y elevarse en su inmensidad hasta el horizonte, que en esta ocasión ya no sospechábamos vagamente. La alegría que experimentaba, y que compartían en igual grado mis compañeros, Bonpland y Carlos Montufar, nos hizo olvidar la observación barométrica sobre el *Alto* de Guangamarca. Según las medidas que tomamos cerca de la bahía, un poco más abajo, en una alquería aislada del Hato de Guangamarca, el sitio desde el cual percibimos el Océano no debe contar más de 2,859 á 2,924 metros.

Compréndese, en efecto, que la vista del Mar del Sur haya tenido algo de solemne para un hombre que debe á su trato con un compañero del capitán Cook una parte de su saber y la dirección dada luego á su curiosidad. Jorge Forster había conocido oportunamente mis planes de viaje en sus rasgos capitales, cuando tuve la dicha de visitar por vez primera bajo su guía la Inglaterra, hace más de medio siglo. Sus delicadas descripciones de Otahiti habían despertado, sobre todo en el Norte de Europa, un interés general y casi una especie de codicia por las islas del mar del

Sur. Tenian estas islas entónces el mérito de no haber sido visitadas aun sino por pocos Europeos. Por mi parte alimentaba la esperanza de recorrer rápidamente parte de ellas, pues mi viaje á Lima tenia el doble fin de observar el paso de Mercurio ante el disco solar, y de cumplir la promesa hecha por mí al capitán Baudin (Nicolás), al dejar á París, de agregarme al viaje de circunnavegacion que debia él emprender tan pronto como la República francesa suministrara los fondos necesarios.

Habian dado los diarios de la América setentrional la noticia de que dos corbetas, *El Geógrafo* y *El Naturalista*, debian doblar el cabo de Hornos y arribar á Callao de Lima. Llegóme este rumor en la Habana, á donde me habia ido, acabada la exploracion de las riberas del Orinoco, y me hizo abandonar inmediatamente mi primer proyecto de dirigirme á Lima por Méjico y las Filipinas. Fleté prontamente un buque que me llevó desde Cuba á Cartagena de Indias, pero la expedicion del capitán Baudin tomó una direccion diversa de la que habia anunciado. En lugar de doblar el cabo de Hornos, segun el itinerario proyectado cuando Bonpland y yo nos decidimos á reunirnos con él, dió vuelta al de Buena-Esperanza. Desde entonces, uno de los dos fines que me proponia en mi viaje al Perú y en mi último paso á través de la cadena de los Andes, dejaba de realizarse. Pero tuve la rara dicha de sorprender un dia sereno en la region nebulosa del bajo Perú, en medio de una estacion nada favorable, y le aproveché para observar en el Callao el paso de Mercurio ante el disco del Sol, observacion que se ha hecho algo importante para la determinacion exacta de la longitud de Lima y de la parte Sudoeste del nuevo continente (1). Así, muchas veces, en la complicacion

(1) En la época de mi expedicion, la longitud de Lima parecia fijada, segun las observaciones de Malaspina, en $5^{\text{h}} 16' 53''$ en los mapas publicados por el *Depósito hidrográfico* de Madrid. El paso de Mercurio an-



Grabado por G. Dujin.

Lit. de G. Dujin.

Mapa del Estrecho y de las Cataratas
DE MAYPURES.

misma que nos presentan las graves circunstancias de la vida, se halla oculto el gérmen de una preciosa indemnización.

te el disco del Sol, que observé el 9 de Noviembre de 1802 en Callao de Lima, en la torre setentrional del fuerte de San Felipe, me dió para el Callao, por los contactos de los dos bordes $5^h 18' 16'' 5$; por el solo contacto exterior, $5^h 18' 18''$ ($79^{\circ} 34' 30''$). Este resultado del paso de Mercurio ha sido confirmado luego por MM. Lartigue, Duperrey y el capitán Fitz-Roy, en la expedición de la *Adventure* y del *Beagle*. M. Lartigue halló para el Callao $5^h 17' 58''$; M. Duperrey $5^h 18' 16''$, y Fitz-Roy $5^h 18' 15''$. Como he determinado la diferencia de longitud entre Callao y el convento de *San Juan de Dios* en Lima por cuatro viajes cronométricos, la observación del paso de Mercurio da para Lima $5^h 17' 51''$ ($79^{\circ} 27' 45''$). Véase á este fin mi *Recueil d'observations astronomiques*. (t. II, ps. 397, 419 y 428).